*Ñuñuma, nyuu sabi**

Guillermina Cuevas

♦♦♦

Todas sabían que no iba a ser un encuentro con hospedaje en hoteles lujosos, y sin embargo acudieron con gusto, con emoción, para conocer a los habitantes de la región mixteca, a las doscientas mujeres que se reunieron al conjuro de los cantos, de la poesía.

Conmigo estuvieron en Santo Domingo de Tanalá: tres pibetas de Mendoza, Argentina; Lucía, Cristina y Raquel; Ema de Durango, y desde niña en el D.F., al igual que Hena la de Chiapas, Elina de la ciudad de México, D.F., Noemí de Ciudad Victoria; Rosa Luz y Lupita de Aguascalientes; otra Lupita de Costa Rica, y Silvia, de un lugar que ahora no recuerdo.

Las mendocinas dijeron que venían de la tierra del sol y las mujeres hermosas, pero no las habían invitado porque siempre estaban muy ocupadas cultivando su belleza. Trajeron vino patero, café y leche en polvo para compartir con las mexicanas.

Diez minutos después de conocernos ya éramos amigas, casi hermanas. Yo dormí con Elina desde la primera noche y no hubo sobresaltos, ni siquiera un breve estremecimiento. Es una jovencita tranquila y ordenada, diseña, escucha y debe tener mayores ansias que nosotras las maduras, las colmadas, las mujeres en plenitud, las que hemos ganado el derecho a decir que estamos locas.

Esto de la locura no es sólo un derecho ganado en el terreno del discurso, lo ejercemos con la misma crueldad en el albur, el doble sentido y otros juegos de palabras. Así las jóvenes aprenden, se van fortaleciendo, les abrimos el camino para que tengan mayores responsabilidades, para que viajen.

Fue ésta una romería de variadísimos, infinitos efluvios, de muy diversas emociones, un evento que ha sido calificado como extraño. Tal vez sea difícil para muchos aceptar que las mujeres pueden llegar a quererse tanto como se quieren los hombres, y que tienen además el valor, los huevos para expresar sus sentimientos, que pueden ser tan solidarias como dos varones que por gusto o por tristeza se emborrachan y cuando están completamente ebrios confiesan sus penas, se duelen, se arrepienten.

En el encuentro de Huajuapan no hubo alcohol, fueron linfas del espíritu quienes nos llevaron a mostrar nuestros afectos y todas nos

*En mixteco: "El país de las nubes, la gente de la lluvia", del libro inédito: *Arroz y gallo muerto.*

abrazamos, cariñosas, fraternales. Bajo la misma luna estuvimos juntas y cada una elevó su plegaria.

Casi soltamos el llanto cuando hablamos de los hombres, les dedicamos nuestros versos, rezamos por ellos, para que entiendan que la ternura no les roba la virilidad, para que se abracen sin temor y ya no piensen en tantas pendejadas.

Después de analizar este conflicto las doce mujeres decidimos que sólo ellos pueden resolverlo. A nosotras nos corresponde avanzar, no permitir que nos atrape la violencia, la ambición, el poder, la idea de estar encima de otros, de ser un superior entre los hombres.

Con esa confianza, en ese acuerdo, Hena, Ema y yo comenzamos el desmadre. (Éste es un término que la mujer no ha trabajado en su máxima expresión y, sin embargo, le corresponde por antonomasia. El paréntesis es para las lectoras que no hablan bien el mexicano.)

Otro acuerdo fue firmado y debo decirlo antes de empezar las descripciones: quedó estrictamente prohibido hablar de las edades, nos declaramos mujeres acrónicas o sin cronología, pero muy bien sincronizadas.

Algunas, como Hena y Lucía, se compraron un pastillero moderno, algo así como un semanario, una cajita de plástico transparente, con siete compartimentos y la inicial de cada uno de los días para guardar las pastas. El pastillero de Hena es más grande, se toma un coctel de nueve píldoras, grageas, tabletas, perlas y cápsulas. En una sesión solemne nos explica la utilidad, el beneficio, la enfermedad que atacan o previenen, el sentido que exaltan.

Son vitaminas dice, A, B, C, D, E, así, hasta llegar a la z de závila nos muestra una pastilla verde y sigue discurriendo: ésta para la inteligencia, ésta para la vitalidad, ésta para la memoria, ésta para la lozanía y la frescura, ésta para los momentos de duda, ésta para la demencia y la más grande para la sensualidad.

Luego nos leyó su ponencia y se burló descaradamente de la idea que muchos sostienen y pregonan en círculos literarios: un libro se tiene que parir, pero Hena ha trabajado en hospitales, tiene seis hijos, ha visto a las mujeres en el parto gritando, retorciéndose, y nunca dice ha escuchado aullar a un escritor porque no encuentra la palabra precisa, nunca ha conocido a alguien que amamante a una novela o le cambie pañales a un libro de cuentos que llora toda la noche y todavía no aprende a decir dónde le duele. Luego nos contó que una prima suya no pudo suicidarse porque no había leche en su casa, y cualquier medicamento es para ella un veneno si lo toma con agua.

Ema también es perversa, teatral. Ninguna necesidad tiene del micrófono, su voz es potente, educada, y ella lo sabe. En la confianza





de la reciente amistad abusó de todas nosotras, nos utilizó en la lectura que hicimos en la preparatoria del pueblo. Fuimos su escenario, su coreografía y ella se lució actuando sus poemas.

Noemí lloró cuando leyó su trabajo. Cayó en su propia trampa, se miró ella misma en la vehemencia de expresar los sentimientos. Hubo voces de aliento, palmaditas, abrazos y todo quedó en unos cuantos sollozos.

Lupita la de Costa Rica nos cuidó a todas como una madre joven y protectora. Ella pinta y un día no comió porque se acabó el pollo. Lupita la de Aguascalientes se quedó afónica, estuvo atenta, solidaria. Rosa Luz fue la dama más cautivadora, la *miss* de Tonalá, y a todas nos regaló una lata de cerveza y todas nos dejamos querer, soltamos el cuerpo, dormimos juntas, como niñas obedientes y precoces.

Al principio yo pensaba en Gabriel García Márquez, porque la noche encendió en el cerro un canto de lechuzas ojerosas, melancólicas, porque soñé un venado cola blanca y sentí una profunda nostalgia por Colima, porque mis amigas fueron al jaripeo y afirman, fervorosas, que vieron un toro gigante, pero gigante de cada una de las partes que le encabritaron el cuerpo, porque todas hablan al mismo tiempo y me dicen que el animal saltó frente a ellas y todas pudieron admirar las enormes medidas de la bestia salvaje, porque me cuentan que el jinete era también un ejemplar magnífico, un muchacho de humanas y creíbles proporciones, porque fuimos juntas al Boquerón, un lugar que sí existe, porque tomamos fotografías sin el rollo de película en la cámara, porque lloramos en secreto y en público nos presentamos fuertes, seguras, muy valientes, porque en este pueblo crecen los árboles de la sierra y engordan los frutos del trópico, porque el pintor nos pintó y el músico nos cantó, porque doña Alfonsa, la curandera, nos dijo que el mal de amores no tiene remedio, porque Lucía y yo perdimos toda esperanza de encontrar en la herbolaria oaxaqueña una cura para el tabaquismo, porque los niños asisten a la escuela con su perro, porque un perro negro estuvo en nuestra lectura y literalmente paró la oreja y nos regaló sus pulgas, porque se orinó de satisfacción cuando terminó la tertulia, porque no sabemos cantar tangos o boleros, porque no alcanzamos el tono de la canción mixteca, porque nos regalaron la

leyenda de una cruz prehispánica, porque el sacerdote del pueblo no quiso saludarnos, porque ninguna reclamó un varón para ella misma, porque alguien se tomó una fotografía abrazando al cantor para darle celos a un buey en el D.F., porque vimos chochos, chapulines, cochinillas, huevos de obispo y chiles, muchos chiles, porque nos enteramos que la palabra clavo es bastante fuerte para las argentinas y en México hay una gran variedad de clavos y hasta se venden por kilos, o se guardan en secreto por temor al rechazo social, porque el mismo árbol tiene un nombre distinto en el lugar donde vivimos, porque las mujeres que no usan maquillaje anduvieron pintadas por tantos besos, porque hubo suspiros, languideces, yo pensaba en García Márquez, en su pluma.

El sábado cambió mi perspectiva, otro panorama fue en Huajuapan; el patio en la Casa de la Cultura mostraba una película espontánea de Federico Fellini, un carnaval con doscientas mujeres y cada una de ellas diferente, distinta: mujeres niñas, mujeres pantera, mujeres espiga, mujeres frutales y maduras, mujeres ausentes, nerviosas, serenas, lánguidas, mujeres prodigiosas, valientes, sensuales, atrevidas, mordaces, corrosivas, minúsculas, mujeres frondosas, arrebatadas, sombrías, vigorosas, épicas, teatrales, plásticas, amazonas, vikingas. No fueron invitadas las ogras, las medusas, las víboras, las arañas, las urracas, las cuervas ni las cocodrilas. De las mujeres avispa se sabe que están en vías de extinción y sólo asisten a congresos de muy altos vuelos.

Si Fellini no hubiera muerto me hubiese magnificado en la gran pantalla; yo bailé con Martín, un muchacho bello y sensible. Al principio su arrebato, su inexperiencia casi llegan a ofenderme: me dijo ¿puede usted bailar abrazado?, pero rápido me defendí, me puse didáctica y le contesté: Escucha bien, niño, yo soy costeña, puedo bailar pegao, jalao, subío, bajao, meneao, empujao y hasta arrastrao si es preciso. En ese breve y espiritual entendimiento el chico y yo bailamos, en el centro de un círculo enorme y vibrante, una música en la que dos cuerpos y una sola alma, con sincero placer, con gran honestidad, se movían en la cadencia que combinaba el bajao, el meneao, el subío, el jalao, el empujao y el pegao. Se acabó la música antes de mostrar nuestra gracia en el frenético ritmo del arrastrao.

Muchas coreografías brotaron del puro gusto; como dijo una poeta lo más probable es que haya sido una de Veracruz: de tanto puto gozo, de tanta puta alegría. Bailaron mujeres con mujeres, mujeres con hombres, mujeres con niños, mujeres solas y sus movimientos, sus ojos, sus piernas, sus caderas.

De una conclusión general, casi absoluta, sólo quedan fuera los hombres que asistieron al encuentro, a las lecturas, a la fiesta: Emilio Fuego, el coordinador, el presidente municipal de Huajuapan de León, Oaxaca, y toda la parte masculina de su comitiva, todos los varones de cada uno de los pueblos que aceptaron este evento tan extraño, los jóvenes que bailaron y a cada rato preguntaban ¿ya se cansó, señora?, el único hombre que he visto llorar, limpiarse los mocos porque las mujeres escriben y leen sus poemas, los esposos que se quedaron en casa atendidos por los niños, el argentino que viajó con ocho mujeres y todavía le adjudicaron tres mexicanas, los amigos que las participantes tienen en su lugar de origen, los editores de poemarios femeninos, los choferes de los tres autobuses, dos muchachos muy guapos que anduvieron por ahí y nadie sabe por qué razones tal vez los contrataron para adornar estos espacios. Pero todos los demás hombres deben saber que doscientas mujeres elevan sus plegarias para que ya no sufran.

Doscientas mujeres les regalamos una alternativa y rogamos a la vida porque no sigan más en la violencia. Hemos encontrado la causa por la que a veces son tan brutos y es muy sencilla: no se dejan querer, no se tocan, ni siquiera se elogian o se critican. Como osos pardos se abrazan y no permiten la suavidad de una caricia, no lloran, acumulan rencores, se preocupan demasiado por durezas que se van ablandando naturalmente con el paso del tiempo.

Pudieran, como las mujeres, vestirse cada uno a su manera y no lo hacen; pudieran crear su propio estilo, tener cada uno su bigote y no copiar el catálogo tradicional: bigote de perro, bigote de morsa, bigote de Cantinflas, de Hitler, de Charro Avitia, de Pancho Villa o bigote de político. Sería una buena idea que resaltaran la parte más bella de su cuerpo, que descubrieran un poco los bíceps, que fueran menos mustios, más receptivos. Podrían rebelarse, no permitir que la madre los chingue al

convencerlos de que ninguna mujer merece a su hijo tan guapo, tan querido.

Muchas propuestas germinaron en este encuentro, muchas emociones; fue muy alto el nivel de latinoamericanismo. En el camino de regreso, las biznagas voluptuosas, los cactus esbeltos me recordaron la luna. Tres noches estuvo alta y gorda en la región mixteca, pastoreando nubes. Mis amigas tienen razón; hubo mucha cordialidad, mucho amor, tanta alegría que el mito de la luna llena, la menstruación, el mal humor, la envidia y el sentimentalismo, como elementos esenciales de lo femenino, desapareció en el aire.

El último día, domingo en la mañana, una de las argentinas apareció en una banca del jardín principal llorando su gran hazaña. No eran lágrimas de dolor sino de orgullo. Nadie abrió la puerta de la casa donde le asignaron hospedaje. Otras perdieron la dirección y no me refiero al sentido de sus vidas, olvidaron el domicilio de sus anfitrionas y pagaron un cuarto de hotel en el lugar más cercano a la parranda de clausura.

No hubo alcohol, los que prometieron regalarlo se rajaron. Ningún sucedáneo de la felicidad metió la mano, nadie fue a Huautla por los hongos pero muchas recordamos a María Sabina. Nadie sufrió la amargura del peyote, pero cada una encontró su espacio. Huajuapan de León, Oaxaca, se quedó con la estatua de su prócer en el centro del jardín. Todas fuimos a ver su fálico perfil y le dijimos adiós con un pañuelo desechable y blanco.

Cinco días después de tanto surrealismo escribo la memoria de magníficos absurdos, de humanas posibilidades. Me duelen todavía las piernas y la espalda creo que me lastimó un poco el bajao. Cierro los ojos y veo una carretera que multiplica curvas peligrosas, me siento una niña obediente y precoz y quisiera otra vez jugar con mis hermanas, decirles que las quiero mucho. He tomado la decisión de llevar desde ahora una vida más sana, fumar menos, escribir, ganarme el privilegio de regresar a la mixteca y bailar con otro Martín.

Es válida la conclusión que nos costó tantos agobios: pobrecitos, muchos hombres no se ayudan, no se elogian, ni siquiera se critican. Usan cualquier perfume y no quieren entender que una esencia existe y es la única, perfecta, la que puede lograr una mezcla feliz con su propio almizcle. Ojalá pudieran conocer a las mujeres que fueron a Huajuapan; cada una de ellas tenía su propio aroma y juntos, todos los perfumes, alcanzaron la euforia colectiva. Espero que las rapsodas de otros países puedan pagar su viaje en doce cuotas, que otra vez el pueblo de Oaxaca nos invite a todas a un congreso, que no cambie su nombre: *Mujeres poetas en el país de las nubes*.

También me gustaría leer pronto una noticia que informara:

Trescientos varones se reúnen en la selva tabasqueña para asistir al Primer Encuentro Internacional de Hombres Poetas en el País de los Sopores. Los participantes arribarán el miércoles por la tarde y serán ubicados en treinta comunidades que han ofrecido su apoyo.

Los escritores, en grupos de diez, tendrán la oportunidad de conocer a los hombres de la selva, su forma de vida, sus ambiciones, sus logros y el viernes por la noche leerán su obra poética a los habitantes del lugar que les haya tocado en suerte para instalar su tienda de campaña.

Éste es un evento de gran relevancia ya que congrega poetas reconocidos, de altísimo nivel, que generosamente comparten su experiencia, sus premios, su sabiduría, con principiantes de talleres literarios o con escritores de mediano renombre, ganadores de premios estatales o menciones honoríficas.

Después de convivir en las comunidades, los trescientos hombres poetas se reunirán en el campamento central, y treinta bardos, caballerosamente elegidos por sus propios compañeros, leerán sus versos.

La Mariche, Playa Larga, Paseo de los Caballos, Metepec, Estancia Vieja, Mecoacán, Polevá, Balancán, Chacmal, Zaquilá, La Machona, El Arrastradero, Chichicaste, Cucuyulapa, Macuspana, El Pajonal y Tulijá, son algunos de los lugares que esperan a los hombres poetas y los expertos afirman que el ímpetu de la poesía varonil aumentará el torrente de los ríos Usumacinta y Grijalva.♦